

PRIMER ACTO

A mí me mataban en el primer acto.

Había acudido a aquella taberna toscana, sin que las ropas de labriego de mi disfraz lograran disimular del todo mi condición nobiliaria, y allí aguardaba a un criado de mi amigo el Marqués de la Mota que me conduciría a algún lugar seguro.

Eran los últimos cinco minutos del primer acto, la escena novena de un atropellado drama en el que andaban los Médicis por medio y en el que, entre lances de capa y espada, venenos e intrigas cortesanas, máscaras, antifaces y embozados, caballos briosos apostados y bergantín fugaz dispuesto, se iba tejiendo un indescifrable galimatías derivado de la propia adaptación de la obra, la cual había realizado el hermano Antonino- encargado habitual de organizar y dirigir representaciones teatrales- con el propósito de que resultara más asequible a la memoria y a las escasas dotes dramáticas de los alumnos participantes, que más que interpretar, perpetraban su papel. La versión escénica, lógicamente abreviada y aligerada de arcaísmos, era un empeño dramático arriesgado, pero esto no mermaba en absoluto el entusiasmo del Hermano Antonino, que había merodeado por todos los callejones laterales de la profesión teatral sin conseguir jamás entrar de lleno en ella. Ni tampoco el mío. Desde que pisé por primera vez un escenario, con ocho o nueve años, en una obrita colegial en la que no debía pronunciar más que una docena de palabras supuestamente graciosas, sentí correr por mis venas el veneno de Talía. Sobre el entablado del enorme Salón de Actos del viejo colegio, bajo el agobio de los focos que nos alumbraban mal pero nos deslumbraban perfectamente, trepidaba con el deseo de intervenir y conquistar el proscenio; los demás “actores” recitaban su parte con simpáticos gritos destemplados, mientras yo – que me sabía también de memoria sus papeles y no sólo el ínfimo que me correspondía- hubiera

querido representar todos los personajes, lanzándome a parlotear sin tregua ni competencia desde que se alzó el telón. Con prudencia que luego se reiteró numerosas veces, el director del espectáculo – el Hermano Olegario- había reducido mi intervención hasta casi lo imperceptible. Esa mínima dosis halagadora bastó para emborracharme para siempre.

Y aquí estaba ahora – seis años más tarde- en una obra donde las transferencias de amistades en amores, de pasión en idealismo, y el trastorno de los parentescos, hacían que la trama navegara, con frecuencia, entre ambiguas declaraciones fraternales y sospechosos rencores nacidos de inexplicables despechos. Resultaba duro de entender que, en aquel extraño mundo de exclusivos varones que representaban todos los papeles, —el colegio no era mixto—, las criadas y nodrizas tuviesen una voz tan grave, la tabernera acomodase manualmente, sin el menor pudor, sus partes más íntimas, y la duquesa hiciese gala de un bigote y una barba incipientes, precisando urgentemente un afeitado.

Para abrir boca se había representado previamente una pequeña pieza de un drama interpretado por estudiantes de un curso inferior al nuestro. Los propios estudiantes habían manifestado, durante los ensayos, que los párrafos largos y aburridos del texto no eran tan eficaces como los breves y chistosos que parecían cumplir con creces su cometido. Por consiguiente, el hermano Miguel había arreglado la obra en aras de dotarla de una mayor vivacidad. Pero se ve que no conocía la invención de la cursiva, ya que se confundían con frecuencia las indicaciones de escena con los diálogos, y a menudo se oían frases como: “Don Luis, levantándose de la silla en la que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se enfrenta con Fabio” o “Diego, fuera de sí, dirígese hacia la puerta. Vase”. Entonadas, eso sí, con la ayuda de un convincente celo dramático.

Ahora me encontraba sentado en un taburete, al pie del proscenio, con la jarra de vino en la mano y el codo apoyado en la mesa, aguardando con cierto aire de disimulada despreocupación, al dichoso criado del Marqués de

la Mota, que entraría por el foro, tembloroso y con cara de traidor subvencionado, para indicarle al sicario que le seguía que aquel desamparado parroquiano, tan sospechosamente disfrazado, no era otro que el Duque Octavio, al que había que dar el trágico pasaporte previsto en la terrible conspiración. Ni que decir tiene que mi amigo el Marqués estaba metido hasta las cachas en el asunto y que yo pecaba de ingenuo esperando su amparo.

El tabernero, después de servirme, había hecho un discreto mutis y todo estaba dispuesto para la celada.

Entraría el criado, me señalaría con el dedo e irrumpiría, blandiendo ya el puñal, el voluntarioso sicario que se abalanzaría sobre mí sin apenas darme tiempo a desenfundar la espada. Tras las arteras cuchilladas yo haría un rápido movimiento hacia el cercano lateral, donde el hermano Antonino, director de la función, me vaciaría, con muy ensayada y veloz medida, un tintero de tinta china roja que, al volverme, mostraría al respetable la condición mortal de mis heridas. Agonizando y de rodillas en el suelo, se me llenarían los ojos de lágrimas y se me quebraría la voz al concluir – poseído por el arrobamiento de lo sublime tal como se paladea a los catorce años-entrecortadamente mi papel en la función con estos versos:

¡ Qué bien comparó el amigo

A la hormiga un cortesano

Que sólo sale el verano

A las eras cuando hay trigo!

Había bebido media jarra, ya que el hermano Antonino consideraba que para el realismo de la escena hasta el vino debía ser vino, aunque fuese de misa, y comencé a sentir que me temblaba la mano y a percatarme de que el tiempo de la espera era mayor que en los ensayos. Sujetando los nervios a duras penas, convencido de que aquel terrible silencio del salón de actos era

un indicio casi insoportable de que los ojos de los espectadores estaban fijos en mí, el único punto de atención en el escenario, miré hacia el lateral y escuché algunos solapados y frenéticos requerimientos.

Algo iba mal entre bastidores y el hermano Antonino alzaba los brazos en un mudo gesto de indignada desesperación.

El tiempo transcurría y de la sala comenzaron a llegarme, sorteando la costa de oscuridad que marcaban las candilejas, variados ruidos de impaciencia y desánimo que no tardarían en alcanzar cierta insolencia.

Las voces del hermano Antonino vituperando a Antonio Rifón, que hacía el papel de sicario, reclamando su presencia, alcanzaban mis oídos y acrecentaban mi nerviosismo. Por el forillo lateral también divisaba la trémula figura de Tomás Cuesta, el criado del Marqués de la Mota, que devanaba el gorro entre las manos y se lo llevaba a la boca como si fuera a comerlo.

Los cinco minutos finales serían rematados, y nunca mejor dicho, con mi muerte, antecedida por la súplica de la venganza a manos del hijo que yo invocaría, y que cualquier espectador cabal fácilmente iba a confundir entre tantos huérfanos de padre a los que ya se había hecho referencia a lo largo de aquel acto.

Pero esos cinco minutos se alargaban sin remedio, y en el fondo vacío de la jarra yo contemplaba mi indefensión, puesta en evidencia en aquel trance de una espera absurda. Me habían dejado abandonado como a un pajarillo con el ala rota.

Las voces del hermano Antonino se habían incrementado y salpicaban sin respeto los aledaños del escenario, donde podía comprenderse que todos buscaban a Antonio Rifón, desaparecido en el momento crucial.

Desde el mar oscuro el rumor de los espectadores era ya un bullicio molesto y poco a poco, a pesar de que se había producido un murmullo de

apesadumbrada solidaridad por parte de un sector del público, se destacaban algunas voces solitarias, entre las que no era difícil reconocer las de algunos alevines de primaria, como juglares cascabeleros a buen seguro incitados por los más malévolos de Bachillerato y los repetidores.

— ¡Tabernerooo! —clamaban los más osados—, ponle otra a mi cuenta... — Varela —me insultaba ya directamente algún enemigo anónimo deformando la voz— espabila que se te va a hacer de noche...

Alargando el cuerpo hacia el cercano lateral llamé como pude a Ramón Abella, que era el tabernero toscano y que permanecía sin moverse entre el tumulto de los bastidores, aguardando el instante de mi muerte para hacer la nueva entrada y recoger mi último suspiro, concentrado en los versos finales.

—¿Dónde está el hermano Antonino? —inquirí aterrado—. Dile que me saque... —supliqué.

La voz del hermano Vecino, el director, rompió la algarabía que ya tronaba en la oscuridad de la sala. Era una voz imperativa, metálica, que se alzaba en el palco, desde donde contemplaba la función con otros hermanos, los profesores y algunos padres.

— No aparece Rifón —dijo lloroso Ramón Abella y volví a divisar por el forillo a Tomás Cuesta que se tragaba la gorra, implorando al cielo que la tierra hiciera lo mismo con él.

El silencio fue más cruel que la algarabía. La jarra se me fue de las manos, rodó por la mesa, se estrelló en la tarima del escenario. Abrí los ojos después de mantenerlos cerrados un momento y sentí la humedad de las lágrimas.

Entonces me di cuenta de que la oscuridad se había vaciado, que las candilejas no marcaban esa costa difusa. Todos los rostros eran nítidos en el atestado patio de butacas y en el frondoso gallinero y en ninguno había el mínimo gesto de comprensión, todos aseveraban mi orfandad, mi desamparo,

ninguno daría un duro por la vida del asediado Duque Octavio. Pensé con envidia en las avestruces que entierran la cabeza en el suelo y viven mostrando al mundo un trasero imperturbable y despreocupado.

Los insultos del hermano Antonino mediaban entre las patadas con que traía a Rifón, de quien luego supe que se había encerrado en un aula a fumar un cigarrillo con la mala suerte de que la puerta se había atrancado y no pudo abrirla.

Sentí el desconcierto, la confusión y las bofetadas entre bastidores y vi al hermano Antonino como un volcán escupiendo lava, con el hábito descompuesto, el cabello revuelto, los pelos de la barba erizados y unos ojos que pugnaban por salirse de su rostro desencajado.

Tomás Cuesta lloraba a lágrima viva y se negaba a salir, suplicando por Dios que no le obligaran. Rifón recibía resignado las últimas patadas y algunos certeros pescozones, lo cual no impidió que se ajustase con algunas dificultades la camisola y los pantalones. Verlo ponerse las prendas de sicario y al mismo tiempo observar sus brazos como aspas de molino tratando de eludir los golpes del hermano Antonino me hizo añorar el vino que minutos antes había desperdiciado torpemente tirándolo al suelo y suscitó en mí la certeza de que el hermano Antonino, poniendo en práctica una acción pedagógica innovadora y motivadora, perseguía el objetivo de infundir en Rifón una mayor ansia de venganza y una dosis extra de ira y cumplir así con más realismo el papel que tenía asignado en la obra.

El fondo de la taberna toscana tembló, los bastidores se movieron y hasta las bambalinas fluctuaron inquietas cuando el criado del Marqués y el sicario desfilaron temblorosos empujados por el hermano Antonino, que ya no lograba contenerse, hasta asomar por el foro. Antonino empezó a ejecutar unos aleteos gallináceos, escondiendo las manos en los sobacos y poniendo los ojos en blanco, que hacían las delicias de la audiencia y horrorizaban al Director en inversa y exacta proporción. En la vida real Antonino y Vecino se

trataban con mutuo desprecio oculto tras el cartón-piedra de la convivencia cristiana. Yo me disponía a recibir las puñaladas.

Era un momento de extrema tensión después de aquella demora que se acercaba a los diez minutos, y un malévolos suspiro de alivio se escuchó en la sala moteado con alguna voz que incitaba a Rifón para que se abrochase la bragueta.

Supongo que en ese instante todos fuimos conscientes de que el desastre no había terminado. Yo llevé la mano derecha a la empuñadura de mi espada para preparar el inútil gesto de defensa, y en el vertiginoso trance de aguardar la acometida me volví, antes de tiempo, calculando que, como sucedía en los ensayos, Rifón se lanzaría veloz sobre mi espalda sin aguardar apenas la indicación de Tomás.

Pero allí estaban los dos, quietos y temblorosos, con las manos vacías, sin decidirse siquiera a dar un paso y lanzándome una mirada conmovedoramente dramática, como si la casa se hubiera hundido y ellos estuvieran de pie sobre el montón de escombros.

— El puñal... —gritó alguien entre bastidores, y fue la alerta desolada que ponía en evidencia que el sicario venía a por mí desarmado.

— ¡Acabad con él como sea...! —ordenó el hermano Antonino en el límite de la desesperación, con el triste patetismo propio de aquel que sostiene el último bastión, y que acaba de ver morir a sus compañeros. Veía al Hermano Antonino y no podía creerlo: era imposible que mi modelo humano de equilibrio y serenidad hubiera caído tan estrepitosamente de su pedestal.

Yo ya blandía mi espada y había tenido tiempo suficiente para volverme hacia ellos corroído entre la indecisión y el arrojo.

Era imposible que, dadas las circunstancias, aquellos dos temblorosos sujetos reaccionaran con la decisión precisa, lanzándose sobre mí para cumplir con las manos lo que ya no era posible con el puñal. Ambos me

miraban con asombro y sorpresa, tan cohibidos como indefensos.

Atravesé primero a Tomás, que simuló la caída de forma lamentable, y eso que había ensayado mucho la escena de su muerte en el segundo acto, y ensarté con más propiedad a Rifón, que dio un traspié bastante convincente y se llevó la banqueta por delante al estrellarse en el suelo.

— Telón, telón —pedía el hermano Antonino, mientras el hermano Vecino se descolgaba literalmente del palco y venía hacia el escenario con los ojos inyectados del veneno de los Médicis, pensando que no solamente debería cortarse parte del segundo acto.

Al Duque Octavio lo sacrificaron en el entreacto y, tras una necesaria interrupción para modificar el texto y el rostro de Antonio Rifón, y para que el hermano Antonino recuperase la autoridad sobre su sistema nervioso, la obra discurrió con total normalidad hasta el final.

A mí me iban a matar en el primer acto.

